
¿ Por qué todos hablan mal de mi ?

(Reflexión sobre la historia de la esposa de Job)

Hola:

Yo soy la señora de Job. Por muchos años, he llevado en mi corazón una pregunta: ¿Por qué todos hablan mal de mí?. Voy a contarles mi historia. Después de oírla, ustedes me darán su opinión.

Me casé con don Job cuando solo tenía quince años de edad, pues esa era la costumbre de mis tierras en aquellos entonces. Eramos jóvenes muy felices. El siempre me hablaba de un dios a quién le oraba, llamado Jehová. Yo no conocía a ese dios de nombre Jehová, pues en mi casa se adoraban otros dioses. Siempre desee saber más sobre Jehová. Legué a amar al dios que me enseñaba Job.

Después de algunos años la familia creció. Tuvimos siete hijos y tres hermosas hijas. Todos los días le hablábamos de Jehová a nuestros hijos y le enseñamos a orar. El tiempo pasó y los hijos se casaron. Solo nos quedaban en casa las tres niñas. En la casa lo teníamos todo. Mi esposo llegó a ser el hombre más rico e importante de la ciudad. Su hacienda era de siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas, y teníamos muchísimos criados. Eso no evitaba que en mi casa se adorara a Jehová, hasta el punto de que mi esposo era un hombre íntegro en sus creencias. Yo era muy feliz. Para mejor posición, nada tenía que hacer en mi casa, pues las criadas lo hacían todo.

Nuestros hijos varones, ya en sus hogares, acostumbraban todos los días de la semana, según el turno, hacer banquetes y llevarse a las niñas con ellos. Eso era de grande preocupación para nosotros, en especial para Job. Aunque nosotros siempre los aconsejábamos, ellos seguían su vida, pues cada cual hacía como le parecía.

Todas las mañanas, mi amado Job, se levantaba y ofrecía ofrendas de paz a Dios por si los hijos hubieran pecado.

Un día en que todos los muchachos estaban de fiesta en casa del hermano mayor, ocurrió algo terrible. La verdad, es que no sé ni como explicarlo. Estábamos en el hogar, dialogábamos en relación a lo que estaba sucediendo, cuando de pronto,

llegó corriendo hasta nosotros uno de los criados y le dijo a Job: "Mi señor, algo terrible ha sucedido. Estaban arando los bueyes, y las asnas paciando cerca de ellos, y acometieron los sabeos y los tomaron, y mataron a los criados a filo de espada; y sólo escapé yo para darte la noticia. Todavía este no había terminado cuando vino otro y le dijo: "Fuego de Dios cayó del cielo, que quemó las ovejas y a los pastores, y los consumió; solamente escapé yo para darte la noticia."

Yo no podía salir del asombro. Habíamos perdido nuestros bienes. Pero eso no quedó así. Inmediatamente se acercó otro de los criados y se prostró llorando delante de mi esposo. Mi corazón latió fuertemente, solo pensé en mis hijos. Esperé que hablara, dijo éste: "Tus hijos y tus hijas, estaban comiendo y bebiendo vino en casa de su hermano mayor y un gran viento vino del lado del desierto y azotó las cuatro esquinas de la casa, la cuál calló sobre los jóvenes, y murieron; y solamente escapé yo para darte la noticia." Caí de rodillas sin fuerzas, sentí que un torrente de agua fría me inundada las entrañas. Una espada traspasó mi corazón. ¡Mis hijos, todos muertos! No me quedaron fuerzas ni para llorar. Mi esposo se levantó, rasgó su manto, se rasuró la cabeza y se postró en tierra y adoró. Mientras tanto yo no podía ni moverme. De pronto él dijo: "No importa, Dios sabe lo que hace. Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó, sea el nombre de Jehová bendito."

En mi dolor, no entendí las palabras de mi esposo.

Pasaron los días ya todo iba mejor. Yo me sentía más tranquila. Mi esposo continuó hablándome de Jehová, y eso me ayudó, pero solo un poco. Mi fe ya no era tanta. Yo no podía entender como un dios tan bueno, como me decía Job, podía llevarse a si mis hijos. Bueno, el tiempo pasaba, y cuando pensé que ya era inútil lamentarme por la perdida de mis hijos, y de todos los bienes, sucedió otra calamidad. Mi esposo se enfermó. Una sarna maligna cubrió todo su cuerpo. Yo veía que en su angustia tomaba un tiesto para rascarse con el, allí sentado en medio de la ceniza. Yo no podía hacer nada por él. Y no comprendía porque estaba sucediéndonos todas aquellas cosas.

Un día ya no pude más, me acerqué a aquel irreconocible hombre y le dije; "¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete? No sé si tenía rabia dentro de mi o dolor. Pero ya no quería verlo así. El me miró fijamente y solo me contestó: "Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado. ¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?" Me retiré del lugar.

Poco después llegaron unos amigos suyos. Se sentaron delante de él y por los siguientes siete días nada le dijeron. Luego comenzaron a acusarlo de que todo lo

que estaba pasándole era porque había pecado. fueron varios los días en que aquellos "amigos" estuvieron allí, según ellos, consolándole, pero en realidad estaban haciendo más angustiosa su condición. Llegó el momento en que el mismo Job se sintió vil ante los ojos de Jehová. Más un día él comenzó a hablar con Dios y luego de un gran diálogo, comprendió que el Dios a quien él adoraba aún era más grande de lo que Job había conocido. Aquello no quedó así.

Un día Dios habló a Job, y le dijo que se sentía muy enojado con sus amigos y le dijo a Eligaz temanita, uno de ellos. "Mi ira se encendió contra ti y tus dos compañeros; porque no habéis hablado de mí lo recto, como mi siervo Job. Ahora, pues tomaos siete becerros y siete carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced holocausto por vosotros, y mi siervo Job orará por vosotros; porque de cierto a él atenderé para no trataros afrentosamente, por cuanto no habéis hablado de mí con rectitud, como mi siervo Job." Los tres fueron e hicieron como Dios le dijo y Jehová aceptó la oración de Job, y perdonó a sus amigos.

Mi esposo se sanó milagrosamente, después que oró por sus amigos. Luego de ello, todo se normalizó. Las cosas fueron tomando su rumbo. Llegaron siete hijos nuevos y tres hijas, aún más hermosas que las que perdimos. Y saben que, después de esto vivió Job ciento cuarenta años, y vio a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación. Y allí murió mi esposo viejo y lleno de días.

Ya leíste mi historia. Te pregunto, ¿sigues pensando lo mismo de mí? si lo haces no te culpo. Es tu criterio. Pero, quiero darte un consejo.

En cada congregación, hay personas pasando por sufrimientos muy grandes. Muchas veces en vez de tratar de entenderlas y darles el correspondiente consejo, hacen lo mismo que hicieron conmigo. Yo entiendo que si oramos y le pedimos sabiduría a Dios, él nos dirá como debemos actuar con esta persona y así ofrecerle el consejo que satisfaga su necesidad. No todo tiempo que alguien sufre es por causa de que haya pecado, como decían los amigos de Job. Como en caso de esta familia, que se debió a un ataque del diablo, por celos al ver la fidelidad de Job hacía Dios, así mismo llegan ataques a nuestras vidas, que cuando nos preguntamos porque nos ha sucedido tal o cual situación no podemos entenderlo, pero Dios siempre está en el asunto, como en el caso de Job.

Jehová le dijo a Satanás, quítale todo, pero no toques su alma. Si no hubiera sido por su fe ninguno de nosotros los que estuvimos a su lado, hubiéramos salido hacía adelante. No hables lo que no conoces con certeza. Siempre busca la dirección de Jehová.

CONCLUSION:

Amado hermano que me lees, tal vez tú dirás que esto es una tontería de mi parte, el querer analizar el episodio de esta manera. Así lo sentí, por muchas razones. Son tantos los que sufren por querer hacer el bien. Y son tantos los que critican, sin saber como se siente la persona agraviada. Yo como mujer y madre, puedo entender lo duro que tendría que haber sido para esa dama el haber perdido todos sus bienes, sus hijos y ver a su esposo enfermo en aquella manera. Además aquellos falsos amigos hostigándole.

¿Cuántos amigos así hay en las congregaciones? Yo tengo testimonio de ello. Gracias le doy a mi Señor por dejarme ver lo que sucedía. Sino tal vez no hubiera actuado como Job, sino como la esposa, que perdió su fortaleza espiritual cuando todo lo perdió. Yo no sé, solo Dios sabe. Muchas veces aquellas personas que tienden a criticar la falta de fe en la señora Job, son aquellos que se acercan a don Job y le dicen estas así por haber pecado. Eso no es correcto, mi hermano. Seamos sensatos, seamos sabios al tratar a los demás. Pidámosle al Señor discernimiento de espíritus, don de ciencia, para servir en edificar a aquel que está al borde de la destrucción.

Dios nos ha llamado a edificar, no a destruir.

Dios te bendiga en grande manera.

DESDE PUERTO RICO CON AMOR.

MINISTERIO PALABRA DE RECONCILIACION

Tus hermanos, Sergio, Millie y Abdiel Esteves.

Esto no lo damos como doctrina, solo es un análisis de la autora.

Millie

millie@palabradereconciliacion.com